

SERMON DE SAN AGUSTIN.

(DE BENCOMO.)

Vos estis sal terræ...: vos estis lux mundi.
Vosotros sois la sal de la tierra : vosotros sois la luz del mundo.

S. Mateo, c. 5. v. 13 y 14.

Si Dios cubriera de repente la tierra, mis hermanos, de aquellas espesas tinieblas que la cubrían al principio, ántes que fuese criada la luz, cuando, segun se explica la santa Escritura, toda ella no era mas que la superficie de un abismo (1); ó si derramara por otro Moises aquella oscuridad espantosa, que derramó sobre Faraon y sus vasallos, cuando, segun leemos en el Éxodo, por tres dias enteros ninguno se atrevió á moverse del mismo lugar, temiendo dar en rostro á su vecino, ó que su vecino le diese en rostro (2); ó en fin si el Señor recogiera otra vez los rayos del sol y de todos los astros, como los recogió desde la hora de sexta hasta la hora de nona, en el dia de su muerte, cuando se dice que el grande Areopagita exclamó de esta suerte: ó el Criador de la naturaleza padece, ó la máquina del universo se destruye; si por consiguiente todas las cosas, privadas para nosotros de su natural hermosura, no fueran mas que una embarazosa confusion; los prados mas amenos unas malezas intran-sitables; los salones mas bien mueblados unos verdaderos calabozos; los adornos mas primorosos del arte unos trabajos inútiles, y las gradas mas bien dispuestas otros tantos escalones para caer en precipicios: entónces conoceríamos el precio inestimable de este don perfecto, que nos viene cada dia del Padre de las luces.

(1) *Genes. c. 1. v. 2.* (2) *Exod. c. 10. v. 23.*

Y si por desgracia nuestra nos faltase igualmente la sal; si nada hubiese subsistente, si no tuviéramos mas que unas yerbas sin virtud, unos frutos sin gusto, unos animales sin sustancia; y sobre todo, si ese mar que nos sustenta, que nos conduce á otro mundo, y que nos enriquece, no fuera mas que un inmenso depósito de corrupcion, que apestase los peces, las naves y los puertos, que nos diese la muerte en cuanto comiéramos, bebiéramos y oliéramos, sin tener mas que unos alimentos tan indigestos, unas bebidas tan insulsas y unos olores tan mortíferos, que consumieran en un solo dia á todo viviente: este mundo, señores, no seria ciertamente para vivir, sino mas bien para morir: pues tal seria el nuestro sin sal y sin luz.

Ahora, pasando del sentido literal al espiritual, conoceremos fácilmente lo que seríamos sin estos hombres luminosos, que derribaron la idolatría, que confundieron la astucia de los falsos sacerdotes; que hicieron enmudecer todos los oráculos con que el demonio engañaba á los mortales; que plantaron el Evangelio, que reformaron las acciones del género humano, que renovaron la faz de la tierra; conoceríamos, repito, lo que seríamos sin estas almas vivíficas, que con su mismo ejemplo enseñaron la fortaleza á los mártires, la penitencia á los confesores, la pureza á las vírgenes; en fin, que desterraron la corrupcion del vicio, y establecieron la salubridad de la virtud: *vos estis sal terræ.* Paréceme que oigo al Salvador, diciendo á sus discípulos: el mundo sería un verdadero caos, si yo no enviara sobre vosotros mi divino Espíritu, que os inspire los conocimientos mas altos, que os enseñe los idiomas mas difíciles, y que os descubra los misterios mas ocultos (1). Guardáos de ocultar estas luces bajo el celemin de una culpable ociosidad, porque sois unas antorchas, cuya claridad es debida á todo el universo: *vos estis lux mundi.* Sois tambien su verdadera sal; y si vuestra sal les falta, ¿qué serán todos los hombres, sino miembros podridos, destinados á ser arrojados á los piés de los demonios, como en los dias del diluvio, cuando toda carne habia corrompido sus caminos, ó como los habitantes de Sodomá, donde no se hallaron ni diez justos, por quienes Dios los hubiera perdonado: cerrádes esa puerta ancha y espaciosa, por donde se precipitan al abismo, y abridles el camino estrecho de

(1) *Joan. c. 14. v. 26.*

la perfeccion : entrád vosotros los primeros, guiádos, purificádos, santificádos con vuestra misma santidad : *vos estis sal terræ.*

Así habló Cristo á los apóstoles, y así habla á todos los hombres apostólicos, que ha suscitado, suscita y suscitará en toda la serie de los siglos. Pero entre esta gloriosa multitud con que el Señor favorece continuamente á su Iglesia, ¿no distinguís fácilmente al que nosotros venimos á celebrar? Sí; yo os digo, como se dijo del grande sacerdote Onías, respecto de los demas justos de su tiempo, que él es en medio de ellos como la estrella de la mañana rodeada de una espesa niebla; como la luna en su plenitud comparada con sus otras revoluciones; como el sol á la mitad de su carrera, cuyo esplendor oscurece todos los astros; como el arco-iris despues de una tempestad; como la rosa nacida en la frescura del invierno; como el incienso que se exhala en los días del verano; como las azucenas plantadas junto á la corriente de los rios; como el pimpollo de la oliva, del cipres, ó del cedro plantado sobre el monte Líbano, que se aventaja á todos los árboles; como un vaso de oro labrado á golpes de martillo, y adornado con todo género de piedras preciosas : que la tribu de Leví, la familia toda de los sacerdotes, es al lado de este grande hombre como unos ramos de palma arrojados al pié de una encina, cuya altitud se pierde sobre las mismas nubes (1).

Así yo no sé ciertamente cómo nombrarle : no puedo llamarle ni héroe, ni santo, ni Doctor, ni Padre, porque él ha excedido con mucho la significacion de todos estos nombres, y no hay uno adecuado para representarnos este prodigio singular de la naturaleza, este asombro de la misma gracia, este don inestimable de la gloria. Pero en la necesidad de nombrarle de algun modo, yo tendré que llamarle Agustino, quiere decir, el mas augusto, el mas glorioso, el mas grande de todos los hombres; un hombre que es la luz de los Doctores, como los Doctores son la luz del mundo, él los ha ilustrado con su sabiduría : *vos estis lux mundi*: un hombre que es la sal de los Padres, como los Padres son la sal de la tierra, él los ha edificado con su santidad : *vos estis sal terræ.* La sabiduría y la santidad de san Agustín; ved aquí en dos palabras lo que va á ocupar toda vues-

(1) *Ecclesi. c. 50.*

tra atencion. Para que sea con el fruto correspondiente, imploremos la gracia del Espíritu santo por intercesion de la santísima Virgen, diciéndole devotamente : *Dios te salve, Maria, etc.*

PRIMERA PARTE.

Cuando yo doy, mis hermanos, una ojeada sobre las tristes revoluciones de la Iglesia en el siglo de san Agustín, se me representa la tierra tal como la describe Moises en el principio, vacía de todos estos seres que la ocupan, abierta esa inmensa profundidad que llenan hoy las aguas del mar, y cubierta de una oscuridad espantosa. Tal sin duda parecia la Iglesia : Diocleciano y Maximiano empezaron con el siglo su espantosa persecucion, y estos dos emperadores, estos monstruos de crueldad, hubieran extinguido al cristianismo, si el cristianismo pudiera extinguirse. Es verdad que respiró un poco con la paz que le ofreció el imperio del gran Constantino; pero esta fué una paz, dice el santo que celebramos, mucho mas funesta que la misma persecucion, porque entónces salieron del fondo del abismo aquellas infernales langostas de que habla el Apocalipsis, las herejías, que oscurecieron el esplendor y la hermosura de la Amada del Señor. « Qué multitud ! los donatistas, los melicianos, los antioquenistas, los luciferianos, los arrianos, los apolinaristas, los maniqueos, los priscilianistas, los audianos, los anticomarianitas, los coliridianos, los pelagianos, los semipelagianos, los predestinadores, los nestorianos, los eutiquianos, los elvidianos, los jovinianos, los vigilancios; todos estos monstruos despedazaron casi al mismo tiempo la túnica inconsútil de la Esposa, y la hirieron de tal suerte, que ella pudo decir muy bien con un Profeta (1): esta paz me ha llenado de inmensa amargura.

Tal era el estado de las cosas en el siglo cuarto : ved si podemos decir como Moises del principio del mundo, que las tinieblas del abismo habian cubierto la superficie de la tierra. Pero alabemos aquí la infinita bondad del Señor, que como dice un profeta, del seno mismo de las tinieblas produce la luz : él observa con su Iglesia el mismo sistema, con que en otro tiempo habia iluminado al universo, porque en medio de este

(1) *Isai. c. 38. v. 17.*

cáos espantoso crió á Agustino, capaz de ilustrar con su sabiduría toda la redondez de la tierra: esto es lo que la Escritura llama decir Dios que se haga la luz, ejecutarse, y ver que la luz era buena (1). Envuelto este hombre incomparable en los engaños del siglo, Dios le saca milagrosamente de ellos, y le conduce al cristianismo, para distinguir la verdad del error: así dividió la luz de las tinieblas, llamó á la luz día, y á las tinieblas noche (2). Finalmente él le establece el Padre y el Doctor de su Iglesia, para defenderla de los herejes y librarla de las herejías: esto fué poner al sol en el firmamento para presidir al día, y señalar las estaciones y los años (3). Ved aquí los tres grados que señala Moises en el sistema de la luz, y que nosotros vamos á observar en este astro misterioso, que es la luz del mundo: *vos estis lux mundi*.

Cuando el Redentor parece dormido en la barquilla agitada de la tempestad, sus ojos duermen, es verdad, pero su corazón vela, para manifestarnos su poder sobre los mares y los vientos. Cuando permite que su amigo Lázaro muera, y se corrompa, no es, dice la Escritura, porque quiera su muerte, sino para que el Hijo del hombre sea glorificado. A este modo cuando consiente que en su Iglesia se susciten herejías, que san Pablo ha creído por eso convenientes, es porque tiene previsto al destruidor. Esta infernal cizaña, como habéis visto, crecía mas que nunca en los días de san Agustín. Dios la veía crecer, y destinaba para arrancarla á un hombre tan extraordinario, que no tiene ejemplo en toda la serie de los siglos: este era el hijo de Mónica. El había logrado por suerte como Salomón una alma buena: así se puede decir de él lo que la Escritura dice de aquel sabio, que no ha habido espíritu igual al suyo. En efecto el mundo no ha producido hasta aquí, y quizá ni habrá de producir jamás otro san Agustín.

El que suscita de las piedras los hijos de Abraham, había suscitado de aquella santa mujer á este Padre de los creyentes, fruto digno de un árbol, cuya constitucion siendo tan excelente, no podía ménos de producir un excelente fruto, segun nos advierte el Salvador. Desde que nació, parecia mostrar como Moises en su semblante su augusto destino, porque el centelleo y la viveza de sus ojos daba á conocer que allí se fa-

(1) *Genes. c. 1. v. 3 et 4.* (2) *Ibid. v. 5 et 9.* (3) *Ibid. v. 16.*

bricaban los rayos y las tempestades, con que habia de confundir á los herejes. En un cuerpo tan pequeño se encerraba una alma mayor que el universo, de modo que sus parientes tenían que preguntarse unos á otros, como los del Bautista: ¿quién pensáis que habrá de ser este infante? porque desde sus primeros años apareció como un prodigio en la naturaleza por la hermosura de su raro genio. Su razón anticipada obligaba á decir de él lo que el santo decia de su hijo: *horrori erat illud ingenium*, horrorizaba la grandeza de su espíritu. Así no tuvo necesidad de ir á buscar las ciencias y las artes: las ciencias y las artes vinieron á buscarle, á exponer delante de él sus defectos, y á recibir sus reglas: él las perfeccionaba, y él hubiera sido su inventor, si hubiera nacido en los primeros siglos del mundo.

De este modo fué maestro en una edad, en que los demás no han podido llegar á ser discípulos; y parece increíble que un hombre tan joven enseñase tantas cosas con tanto suceso, que fuese en Roma misma el pasmo y la admiración de los hombres. Gramático perfecto, poseía el importante don de hablar á cada uno en su propio idioma: filósofo profundo, disputaba de todas las plantas desde el humilde hisopo hasta el cedro del Líbano: retórico consumado, sabia el difícil arte de encantar los oídos, convencer el espíritu y dominar el corazón: todo era, y todo lo enseñaba en la capital del universo: era la casa que la sabiduría edificaba para sí, el Salomón de la ley de gracia, el astro destinado á iluminar todas las naciones. Dios mismo, despues de haberle criado tan conforme á sus inefables designios, le miraba con aquella especie de complacencia, con que miró á la luz en el principio, viendo que la luz era buena. Pero esto, como nos advierte la misma Escritura, no era mas que el primer día de la creación (1); era una mañana mezclada con la tarde, un crepúsculo rodeado todavía de las opacas sombras de la noche, un talento incomparable envuelto en la oscuridad del error. Era preciso dividir la luz de las tinieblas, levantar un muro eterno entre el día y la noche; que es el segundo grado en el orden de la iluminación.

No nos admiremos, mis hermanos, si un espíritu tan grande como el de Agustino fué en algun tiempo partidario de la mentira: la verdad es un rayo de Dios, que envía gratuitamente

(1) *Gen. c. 1. v. 5.*

de sí mismo : así sin él la ciencia mas sublime, segun el pensamiento de Salomon, no es mas que ocupacion pésima del hombre, vanidad y afliccion de espíritu, porque en vano las cosas naturales hieren nuestros sentidos, dice el santo que celebramos, si Dios no habla al interior. Seremos como Faraon, que veía los prodigios, pero jamas vió la mano del Señor : nuestro entendimiento por sí solo no es mas que un ciego que guia á otro ciego, para precipitarnos en el hoyo. Tal fué el de Agustino : él creyó hallar la verdad en los agudos razonamientos de los filósofos, ó bajo el estilo agradable de los oradores ; los primeros le hicieron aborrecer las divinas oscuridades de la Fe ; los segundos despreciar la simplicidad de las santas Escrituras. Bien podia decir con Job : yo buscaba la luz, y no encontré sino tinieblas. Vedle aquí ya apartado de la verdad, inclinado al error : qué caídas no se se le preparan !

Como una gran piedra desprendida de una montaña va cayendo sin parar hasta lo mas profundo del valle, si no halla una fuerza superior que la detenga, así Agustino fué cayendo de error en error, de ceguedad en ceguedad, de secta en secta, hasta que le detuvo la mano de Dios. Maniqueo, pirroniano, epicurista, ya creía que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal ; dos divinidades que se combaten sin destruirse ; dos almas en el hombre, una para la justicia, otra para el pecado ; por consiguiente no hay mérito de parte nuestra, ni gracia de parte de Dios : triunfará el que triunfare, por una fatal necesidad. Otras veces creía que todo es incierto, hasta nuestra propia existencia. Otras en fin, que nuestro dios es el deleite, y que la satisfaccion de las pasiones es su único sacrificio, porque todos somos como un jumento, para el cual todo acaba con la vida, porque no hay eternidad. Esta era sucesivamente la fe de Agustino : un abismo llamaba á otro abismo : él propio, vacilante en medio de tantos errores, no sabia á cuál pertenecer. En una sola cosa se mantuvo firme, que era en combatir á Jesucristo. ¡ Cuántas veces se presentó este insolente filisteo pidiendo contienda particular á los cristianos, y estos tímidos israelitas no tuvieron otro David que oponerle, sino algun ignorante, que le dió lugar á ensoberbecerse mas con sus victorias ! Mónica afligida le miraba, tal como la madre de Moises, en la necesidad de ver á su tierno hijo, abandonado á la voluntad de las olas.

Pero estas mismas dudas debian producirle la verdad. Él empezó á desconfiar de su razon, de la razon humana, que no habia podido, como no puede, enseñarle la verdadera Religion. Admirables principios ! Entónces unos reflejos, parecidos á los rayos del alba, empezaron á iluminar su espíritu, penetrando la venda fatal que le cegaba. El cielo perfeccionó luego estos rayos, para formar el dia en que san Agustino abjuró públicamente sus errores, obedeciendo una voz que le intimó estas palabras del Apóstol : *Arrojemos léjos de nosotros las obras de tinieblas, para vestirnos las armas de la luz* (1). Él lo ejecuta así : se despoja del hombre viejo y caduco, que le habia producido el engaño, y se reviste de Jesucristo el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Despues de esto es otro enteramente ; porque no es ya aquel Agustino ciego, pertinaz, que blasfemaba al Santo de Israel ; es un Agustino dócil, convertido é iluminado, que como el Bautista, va á dar testimonio de la luz en presencia de las naciones. Ved aquí la providencia admirable con que Dios dividió la luz de las tinieblas : á las tinieblas, á Agustino hereje, llamó noche, noche de ceguedad y de pecado, que fué despues para nuestro santo el motivo de tantas lágrimas ; y que él, como Job la de su nacimiento, hubiera querido borrar de la serie de los tiempos. Pero á la luz, á Agustino cristiano, llamó dia, dia del cual podemos decir con un profeta, que lo hizo verdaderamente el Señor, dia de júbilo y de alegría en los anales de la Iglesia. Este fué el segundo dia en el sistema de la iluminacion.

Faltaba aún recoger estos rayos esparcidos y principiantes, fijarlos, consolidarlos, reducirlos á un solo cuerpo, á un lumínar mayor, que fuese colocado en el firmamento para presidir á este bello dia. En efecto apénas fué numerado entre los fieles, él se dió prisa á iluminar la Iglesia, como si hubiera puesto su tabernáculo en el sol, cuando tan brillante como un esposo que sale de su tálamo, empieza á pasos de gigante su carrera (2). Él se eleva á contemplar desde un extremo al otro de los cielos para recoger los rayos que va á derramar sobre los mortales, sin que ninguno pueda escaparse de su claridad. Allí, lleno de aquel esplendor eterno, penetró la profundidad de los mayores rios, dice el angélico Maestro, aplicándole estas palabras de

(1) *Rom. c. 13. v. 12.* (2) *Psalm. 18. v. 6.*

la Escritura: *profunda fluviorum scrutatus est*, esto es, los grandes misterios de la Religion, la indivisibilidad de la divina Esencia, y la Trinidad de las personas, la encarnacion del Verbo, la santidad del cristianismo, la divinidad de las Escrituras, la pureza de su moral, la autoridad del sacerdocio, la unidad de la Iglesia, la extincion del pecado, la necesidad de la gracia, la verdad de la vida eterna, todo lo medita, y todo lo penetra.

Lleno de tan altos conocimientos, no queda error que no combatiera, no queda dogma que no establezca, no queda verdad que no escriba. Perdonádme, mis hermanos, si yo confundiere todas estas ideas, y os le representare predicando, escribiendo y disputando al mismo tiempo: su presencia pareceria multiplicarse de todos modos contra todas las herejías. Empecemos por el maniqueismo, que le habia inficionado desde su juventud: él se criaba en esta secta, como Moises en la corte de Faraon, para oprimirla algun día con todas las plagas de Egipto: se instruía en su sabiduría, se imbuía de sus principios, les robaba, digámoslo así, sus tesoros, para ofrecerlos despues al verdadero Dios. ¡Con qué suceso no defendió los derechos de nuestra libertad contra ellos! Él escribió entónces aquel libro famoso *De moribus manichæorum*, donde descubre los errores de su doctrina y los misterios de su iniquidad: así humilló aquellas tres cabezas, sobre quienes estribaba el partido: ved aquí cómo acabó la célebre secta de Manes.

La bestia, ya herida de muerte, pero resucitada, de que habla el Apocalipsis, el arrianismo arruinado por Constantino, y restablecido por Constancio, hijo impío de un padre tan piadoso, recibió tambien de Agustino los últimos golpes. ¡Con qué solidez no sostuvo la generacion eterna del Verbo, y su consustancialidad con el Padre! Al oírle, se dijo que él habia sido como san Pablo arrebatado al tercer cielo, donde vió aquellos arcanos de Dios, que no es lícito hablar al hombre. Él explica con tanta claridad el Evangelio de san Juan, que, ó hace callar á los herejes, ó los llega á ver convertidos. Ved aquí el fin de una secta, de cuya extension hablaba el P. san Gerónimo, cuando dijo, que el mundo entero estaba admirado de haberse visto arriano.

Una victoria mas completa le estaba reservada contra los donatistas. Estos malos cristianos empezaron por un cisma, y acabaron por una herejía: ved aquí el fin ordinario de los que as-

piran á los grandes empleos, y no saben humillarse á la divina Providencia, que se los rehusa. Los malcontentos con la provision del obispado de Cartago en la persona de Ceciliano, resolvieron perseguir á este y á los suyos por toda suerte de medios. Defendian que la Iglesia solo se componia de los predeterminados; que estos no se hallaban sino en un pequeño recinto del África, porque lo demas del mundo era réprobo, como defensor del partido de Ceciliano. ¡Y qué horrores no cometen unos hombres tan furiosos, que dan la muerte á cuantos se les oponen, y tan desesperados que no temen perder su vida! Todo lo queman, todo lo destruyen, llamándose circunceliones, ó matadores de los cecilianos. Solo la sabiduría de san Agustín era capaz de remediar tan grandes males.

En efecto él pudo obligarlos á aceptar una disputa general y decisiva, en que el partido vencedor dispusiese á su arbitrio del vencido. Jamas se vió disputa mas célebre, en que trescientos obispos católicos con otros tantos obispos donatistas se juntaron á decidir, cuál era el pueblo del Señor. No os figuréis aquí una de esas asambleas tumultuosas, en que todos gritan, para no entenderse: es una asamblea propuesta y presidida por san Agustín, donde la gracia de Dios es el principio, la caridad de Dios es el medio, la verdad de Dios es el fin. El acto se empieza, y se continúa con ardor. O mi Dios! ¿vencerá Israel, ó triunfará Amalec? ¿Vuestra Iglesia será reputada por una secta, ó una secta será reputada por vuestra Iglesia? Si Agustino disputa, si sus manos están elevadas, no tenemos que temer contra la Fe: de él se dirá lo mismo que de Ismael, que pondrá su silla en medio de todos sus hermanos; porque á la verdad él se atrajo á sí solo toda la disputa, y tuvo la gloria de ser el sabio intérprete de los unos, y el poderoso vencedor de los otros.

Esta gloria sola bastaria para hacer inmortal su nombre, si una nueva herejía no le hubiera obligado á emprender nuevos combates, y á lograr nuevos triunfos. Salió de las riberas del mar de Inglaterra una infernal serpiente (este es el nombre que san Próspero ha dado á Pelagio) con su larga cola, su gran reputacion, y una astucia semejante á la de la serpiente del Paraíso, se atrajo una gran multitud. Enseñaba que la naturaleza por sí sola era capaz de llegar al mas alto grado de la perfeccion: por consiguiente no ha habido pecado original que nos debilita, ni gracia de Jesucristo que nos fortalezca. Este error, aun-

que tan monstruo, sostenido por un hombre de reputacion y de costumbres, hizo temblar á la Iglesia: por todas partes se celebran Concilios, y san Agustin es el alma de ellos, predica, disputa, escribe, recurre á Roma: establece el poder de la gracia para fortificar al libre albedrío, y el poder del libre albedrío para obedecer ó resistir á la gracia; en fin, descubre los abismos que ha puesto Dios en sus tesoros; y aunque sufre por un tiempo las asechanzas de la infeliz serpiente, tiene por fin la gloria de ver hollada y quebrantada su cabeza. Si esta hidra se disfraza de nuevo por los semipelagianos, inventores de un sistema medio, él no admite concordia entre la verdad y el error: siempre invencible contra los herejes, y mas invencible contra los gentiles.

Aquí es donde Agustino hizo ver mas claramente su indecible erudicion. Porque los supersticiosos habian hecho creer que la visible decadencia del Imperio romano, que en tiempo de Augusto pudo mandar por un edicto que se matriculase todo el orbe, provenia de haber destruído los ídolos, y haber tolerado á los cristianos. ¿Qué pensáis vosotros seria menester para desimpresionar de este error, sostenido con todas las fuerzas del monarca, al pueblo siempre tenaz en todo lo que huele á supersticion? Esta obra pedía sin duda las luces de san Agustin; esto es, un conocimiento universal de la historia, para hacer ver todos los males, que habia sufrido la república, cuando se entregaba mas al culto de sus dioses; una critica fina, para separar la sustancia de los hechos, de las circunstancias fabulosas; una piedad sólida, para llevar hasta Dios, como primer principio, la verdadera causa de las revoluciones de los imperios; una inteligencia completa de la Fe, para hacer ver al cristianismo solo digno de aplacar al Señor, irritado contra unos crímenes autorizados por sus divinidades: ved aquí el analisis de sus pasmosos libros *De la ciudad de Dios*. Despues de eso no nos admiremos si el emperador apóstata, viéndose pronto á morir, sin que hubiese prevalecido su error, tomaba sangre de su herida, y la arrojaba contra el cielo, diciendo: *vicisti Galilee*, triunfaste Galileo. Sí, Jesucristo triunfó, y san Agustin fué el ministro de su triunfo.

Yo, mis hermanos, me he detenido demasiado en la relacion de sus victorias, y me resta inmenso espacio que correr, porque no os he hablado aún de sus infatigables tareas contra tan-

tos otros herejes de su tiempo, contra Nestorio, contra Joviniano, contra los judíos, contra Vigilancio, contra Eutíques, contra Timoteo, contra Prisciliano, contra Orígenes. Este místico sol elevado una vez sobre nuestro hemisferio, y semejante al sol material en tiempo de Josué, jamas se inclinaba al ocaso, sino siempre tan fijo contra Gabaon, que parecía que Dios mismo obedecia la voz de este incomparable hombre (1): era preciso un dia tan largo como el de aquel tiempo, para hacer exacto su elogio. Así no esperéis que yo prosiga refiriendoos sus disputas y sus escritos: es un arte muy difícil saber solamente el número y título de sus obras: leerlas una sola vez es la ocupacion de una larga vida. No hay Padre, de quien nos hayan quedado tantos libros: él solo es la coleccion de todos los Padres, y ha hecho Padres á los que han llegado á ser sus perfectos discípulos: sus volúmenes son la Biblioteca de la Iglesia, que los mira como sus inagotables tesoros, y se ha formado la ley de copiar sus propias palabras en los decretos de los Concilios. Todos van á buscar en él, como maestro universal, la verdad del dogma, la pureza de la moral, la variedad de la disciplina, semejante al sol que colocado una vez en el firmamento, no ha cesado ni cesará jamas de girar sobre nosotros, para iluminarnos por espacio de tantos siglos, como si tantos siglos no fuesen mas que un solo dia. Digámosle como el Redentor á los Apóstoles: *vos estis lux mundi*: grande santo, vuestro espíritu es la luz del mundo, vos habeis disipado sus tinieblas con vuestra sabiduría. Pero esto no es mas que la mitad de vuestra gloria: vuestro corazon es la sal de la tierra, vos la habeis edificado con vuestra santidad: *vos estis sal terre*.

SEGUNDA PARTE.

En verdad ¿qué hubiera sido toda la sabiduría de san Agustin, si no estuviera acompañada de la perfeccion? Un sabio sin virtud es un cuerpo sin alma, que tiene la figura de un hombre, pero sin movimiento; es la imágen del que se mira en un espejo, que imita todos sus lineamentos, pero sin solidez; es la estatua de un héroe, de cuya boca salen bellos preceptos, pero sin alguna ejecucion. Por eso Cristo, que venia á dar el

(1) Jos. c. 10. v. 14.